

La metamorfosis del socialismo

Carlos Raúl Hernández

En el curso de los últimos años, la noción "socialismo" ha entrado en una crisis interna de conceptualización. Tal vez la evolución más importante es que, para sus defensores más modernos, no implica ya una "ruptura" con el orden existente. El espacio para el cambio social actual ha de ocuparlo un reformismo no demagógico, en el sentido de lograr una mayor liberación de las fuerzas presentes dentro de una sociedad ya democrática, buscando luchar contra la inercia pero sin imposiciones doctrinarias ni confrontaciones perniciosas con los motores generadores de riqueza y empleo. A ello se refiere el politólogo Carlos Raúl Hernández en su ensayo, el cual forma parte del libro actualmente en proceso de edición.



Socialismo: definición en crisis

RESULTA CASI INNECESARIO AFIRMAR QUE DESDE ANTES de la aparición del *Manifiesto Comunista*, podría decirse que desde las luchas obreras de comienzos del siglo XIX, en tiempos de Owen, Proudhon, Saint Just y tantos otros, el debate político moderno se ha librado principalmente entre socialistas, comunistas y socialdemócratas. Hoy día, después de doscientos años de batallas del movimiento obrero, esas definiciones siguen determinando gran parte de los fenómenos que caracterizan la política de nuestros días. A pesar de haber sido proclamado "el fin de las ideologías", éstas continúan proporcionando justificación filosófica a los movimientos políticos y razón de ser al destino de cientos de millones de hombres. La democracia se traduce en ideologías que nutren diversos tipos de partidos; socialismo y comunismo, por su parte, realizan la misma empresa de dotar de fuerza moral a grandes y pequeños movimientos que luchan por el poder en todos los rincones del planeta. Partidos llamados socialistas (o socialdemócratas) gobiernan en países como Francia, España, Grecia, etc. Otros, los comunistas (también socialistas), lo hacen en más de treinta naciones. Temas como "el cambio", la "democracia social", el "socialismo democrático", el "gobierno de los trabajadores", impregnan el combate político en todos los continentes. De allí que el debate de sus definiciones tenga una vigencia inestimable.

Sin embargo, las preguntas asaltan. Los partidos que se denominan socialistas... ¿son socialistas o socialdemócratas?... ¿los países socialistas

o comunistas... son socialistas? ¿Qué cosa es el socialismo y en qué consiste ser socialista?, ¿cuáles son las diferencias entre capitalismo y comunismo, a la luz de lo ocurrido en los siglos XIX y XX?

Existe en la actualidad un enorme equívoco entre los términos aludidos. Obviamente no son equivalentes los contenidos de la palabra socialismo en boca de Felipe González y de Fidel Castro. No alude a cosas parecidas —pese a la homonimia— hablar de la Internacional Socialista y de los “países socialistas”.

Y la verdad es que uno de los acontecimientos más dramáticos en la escena política mundial de los ochenta es la dificultad que, en su definición práctica, han alcanzado las distintas categorías del socialismo. Salvo razonamientos muy elementales y, por lo tanto, muy alejados de lo real, que parecieran saber a la perfección en dónde comienza la socialdemocracia y en dónde termina el socialismo democrático, los fenómenos han llegado a un altísimo nivel de complejidad. Para algunos, por ejemplo, está perfectamente claro que Felipe González es un socialdemócrata, blandiendo el término de una manera incluso peyorativa, y, por tanto, un “no socialista” o un socialista renegado. Para otros, es más grave aún: es nada más y nada menos que un neoliberal, lo que sería todavía peor que ser un socialdemócrata. Y hay quienes consideran que González, con sus políticas de reactivación económica, desmantelamiento de la estructura policial-militar franquista, renovación del vetusto aparato educativo español, liquidación de un elefante enfermo y contagioso como Rumasa y medidas a favor de la maternidad voluntaria, simplemente está empujando a su país lejos de la edad media, donde siempre han vivido su derecha y su izquierda, su Blas Piñar y su “Pasiónaria”.

Las mismas acusaciones de traición y “contrabando ideológico” recaen sobre el presidente Francois Mitterrand y el Partido Socialista Francés. Pero el fenómeno de la metamorfosis del socialismo es aquí más palmario ya que, mientras el comienzo (tres años) de su gestión obedeció a ortodoxas recetas keynesianas —lo cual llevó a Francia a la quiebra—, luego se inició un viraje de ciento ochenta grados cuyos desarrollos hoy comenzamos a observar.

Pero la verdad es que ninguno de los fenómenos señalados posee la importancia crucial de lo que se viene produciendo en la China, bajo la batuta de Deng-Xiao-Ping. En los casos anteriores, las desviaciones se hacen más comprensibles. Al fin y al cabo, las tentaciones que ofrece el sistema capitalista y, más concretamente, el desempeño del poder en una sociedad tal, explican el extravío de muchas ovejas en el camino revolucionario. Pero en China, el asombroso cambio se produce después de casi cuarenta años de revolución y, dicho sea de paso, de la implantación de las más groseras simplificaciones ideológicas-religiosas, alrededor de un megalómano como Mao Tse-Tung.

La actual dirección china comprendió que el tipo de régimen económico existente en el país, si bien es muy bucólico, preserva la ecología y evita el infarto y las enfermedades respiratorias, está absolutamente bloqueado e impide que mil millones de habitantes puedan disfrutar de los avances tecnológicos, científicos y culturales (e incluso económicos) del siglo XX.

En la sola provincia de Hunan existen en la actualidad más de 130 mil empresas privadas que, según las publicaciones chinas y occidentales, han elevado exponencialmente las posibilidades y la calidad del consumo de la población. Por todo el inmenso territorio amarillo ha comenzado la siembra de unidades productivas impulsadas por el estímulo de las dinámicas del mercado, la ganancia y la competencia. Esto sucede después de haber denunciado al marxismo como “imbécil” e incapaz de comprender las claves de la sociedad contemporánea.

Todo ello constituye un sistema de señales, un sismógrafo para enterarse del terremoto cultural que sacude al mundo contemporáneo, así para algunos ideólogos excesivamente doctrinarios se trate tan solo de “oportunisto teórico”.

El viraje

POR ESO ES POSIBLE AFIRMAR QUE LA NOCIÓN “SOCIALISMO” atraviesa por una profunda crisis de conceptualización que la hace equívoca y abstracta. Y no nos referimos a las percepciones que tradicionalmente han existido fuera del espacio político de quienes se definen socialistas, sino a una indefinición profunda en el seno de los envueltos en sus banderas. Ello hace que el fenómeno adquiera una importancia especial. Hasta hace algunas décadas, desde el campo conceptual genéricamente socialista se aceptaba que los regímenes constituidos a partir de las revoluciones bolchevique del 17, china del 48 y cubana del 59 o *eran socialistas o estaban próximos a serlo*; había dos mundos, el socialista y el capitalista, y necesariamente se tomaba partido por alguno de ellos. Quienes habían protestado durante los momentos críticos (procesos de Moscú, por ejemplo) ante las violaciones de la democracia y de los derechos humanos que allí se producían, eran calificados de renegados, agentes del enemigo y portadores de calumnias burguesas contra el nuevo orden social que se construía, formando una larga cadena iniciada con León Trotsky y prolongada luego por Silone, Orwell, hasta llegar a Colletti, Kolakovsky, Vargas Llosa, etc.

Los “contrarrevolucionarios” tenían audiencia fuera pero no dentro de ese continente cultural. Durante treinta años Stalin fue víctima de las “calumnias contrarrevolucionarias”.

Luego vino la denuncia realizada por Krushev en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS y el panorama comenzó a cambiar. Ello trajo consigo una cadena de consecuencias que se han prolongado hasta nuestros días. El informe Krushev de 1956 dio origen a un pensamiento crítico del mundo comunista dentro de lo que podríamos llamar “el campo revolucionario”, entendido como la izquierda político-cultural. Surge la preocupación por una revolución en libertad o un “socialismo de rostro humano”, slogan del Partido Comunista Italiano durante los setenta, en medio de una profunda crítica al stalinismo. Se va afianzando un poderoso movimiento libertario que tiene uno de sus puntos de ruptura en la invasión a Checoslovaquia y en la llamada “revolución de mayo” en Francia, en 1968, cuando la embestida contra la burocracia cobra características de un movimiento

de masas en la izquierda europea (y latinoamericana), caótico y contradictorio, pero que contribuyó a forjar el "eurocomunismo", versión en aquel momento democrática y antisoviética.

La crítica al stalinismo se caracterizaba por concebirlo producto de la voluntad individual de un hombre, un dictador que se había desviado del "buen camino" de la revolución. Mientras los comunistas hablaban de los "errores del camarada Stalin" y del "culto de la personalidad", los revolucionarios no comunistas o en desgarramiento del comunismo señalaban "aberraciones y monstruosidades". Pero compartían todos el mismo telón de fondo, consagrado por el más importante de los críticos del stalinismo, Isaac Deutscher: la idea de la *desviación*, de tratarse de una rama torcida procedente de un tronco derecho¹. Todo era producto de un error. Las explicaciones variaban: "el atraso de las condiciones materiales del país en donde se había producido la revolución"; su "falta de desarrollo político"; el no haber podido enganchar "el viejo carro ruso a la locomotora alemana", según el deseo de Lenin. Sin embargo, el mayo francés y la invasión a Checoslovaquia dejaron en la conciencia un conjunto de dispositivos, cuyas consecuencias aún no cesan de manifestarse. Pero pasarán años para que se comprenda que la dictadura es consustancial con el pensamiento marxista.

Socialismo, mercado, estatismo

EL DESARROLLO TEORICO DE NUESTROS DIAS EN LO QUE SE REFIERE a los temas de socialismo, democracia y dictadura comienza a producir resultados de importancia innegable. Nos encontramos frente a una nueva y poderosa sacudida ideológica en el campo de las fuerzas que se proponen realizar transformaciones dentro de la sociedad. Ha fracasado el costoso experimento de la economía estatizada en el mundo comunista; su improductividad estructural, la baja calidad de sus productos y la rigidez de los planes, generan escasez de lo necesario, sobreproducciones caprichosas y mala calidad de todo, y han dado rienda suelta a un nuevo pensamiento económico. Desde los planteamientos de Ota Sick², cada vez ha ido cobrando mayor fuerza la idea de contar con un mercado al estilo occidental como factor decisivo de cualquier organización económica. Y la demostración más palmaria de esto se expresa en la paradoja de la crítica marxista a la dinámica del mercado: el ser una economía de "desperdicio" al decir de Kosliks³ o como demuestran Baran y Sweezy⁴, el estar urgida de formas de "eliminación de excedentes", mientras el problema de las economías burocráticas planificadas es la escasez.

La idea de la necesidad de un mercado regulador de la producción ha venido acompañada por el cuestionamiento del papel del Estado como

propietario de la totalidad de la actividad económica. Lo que tradicionalmente ha sido obvio para el pensamiento no socialista, es decir, la necesidad de la existencia paralela de la iniciativa privada, comienza a aparecer dentro de las tesis socialistas de finales de los setenta y comienzos de los ochenta⁵, promoviendo una revolución teórica aún no suficientemente evaluada. En la actualidad, las tesis y programas de la mayor parte de los partidos socialistas y comunistas carecen de la mención estratégica contra la propiedad privada en el sentido marxista tradicional, cediendo el paso a la "disolución de los monopolios" y a la crítica general y abstracta del "capitalismo" (a este respecto, vale la pena estudiar los programas de los partidos PSOE, Comunista italiano, Comunista francés, Comunista español, Comunista griego, Socialista francés, Socialista griego y Socialista portugués). Así, Umberto Cerroni, el principal ideólogo del Partido Comunista Italiano, sostiene que "... llegando la propiedad estatal en Italia al 50 por ciento de los activos, yo creo que el socialismo italiano se puede construir con apenas un 10 por ciento" ...⁶.

Todo ello revela una tremenda conmoción en el planteamiento socialista de vertiente marxista y se ha venido aceptando una conclusión de enorme significado: ningún modelo de cambio social que represente efectivamente un progreso frente a lo existente puede tener una confrontación estratégica planteada contra los productores de riqueza y de empleo. Por esa razón, el planteamiento de cambio social, para no ser una mera consigna irresponsable, debe aceptar el hecho de que la baja o quiebra de la producción durante la gestión democrática de gobierno es un factor de desestabilización política mayor que cualquier conspiración.

Socialismo, democracia, dictadura

HASTA LA APARICION DE LOS FENOMENOS FRANCES, ESPAÑOL Y CHINO, el socialismo estaba identificado por definición con las estatizaciones y con un conjunto de fenómenos aledaños, como las expropiaciones, la denuncia de los capitalistas como fuente de todos los males, la esperanza ingenua en que al pasar los centros de producción a manos del Estado proletario la riqueza sería distribuida equitativamente y desaparecerían los males burgueses (carestía, desempleo, inflación, pobreza, escasez). Salvo entre grupos fanáticos y excesivamente doctrinarios, estas afirmaciones ingenuas no encuentran ya eco. Identificar socialismo con estatismo no corresponde ya a una posición de principios. Como vemos, incluso Francois Mitterrand, quien mantuvo políticas intervencionistas —tal vez en la tradición de la *grandeur* gaullista—, se vio obligado a dar marcha atrás en vista de los catastróficos resultados obtenidos en sus dos primeros años de gobierno.

1/ Prácticamente toda la obra de Deutscher está consagrada a desmontar el monstruoso mecanismo policial represivo soviético. Consúltese al respecto, *El profeta armado, El Profeta desarmado, Stalin: Biografía política, Herejes y renegados*, y otros.

2/ *La nueva economía*, Alianza, 1973

3/ *La economía del desperdicio*, México, Siglo XXI, 1973

4/ *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1974

5/ El economista venezolano Emeterio Gómez ha sistematizado ampliamente esta problemática en su libro *Socialismo y Mercado*. Caracas, ADAME, 1986.

6/ Entrevista con Umberto Cerroni. *El Nacional*. Papel Literario, Caracas 4 de abril 1982.

Otra de las piezas vitales de la ideología socialista, también hoy cuestionada, ha sido la obsesión dictatorial proveniente de Marx. Durante el período de la reacción antiestalinista, muchos críticos sostenían que, si bien Stalin cometió excesos en unos casos, o fue un criminal y un sicópata en otros, la revolución “necesitaba una mano de hierro”. El socialismo nace de una familia estatolátrica y autoritaria fundada por Hegel. Primero fue esa categoría histórico-analítica de dictadura del proletariado, confusa por los diferentes contenidos que le da la teoría marxista y por los histórico-prácticos de Lenin, Stalin y Mao. Siempre se entendía que el régimen revolucionario requería un período de fuerza (basta leer *El Estado y la revolución*, *El Manifiesto comunista*, *Terrorismo y revolución*) para destruir al Estado, a la burguesía y a sus instituciones y para darle al pueblo (naturalmente representado por el Estado proletario) el control de la sociedad⁷.

La dictadura del proletariado, tanto en su discusión teórica como en sus versiones prácticas, tenía un sentido opuesto a la democracia burguesa. Esta fue responsabilizada de los males y desajustes de las sociedades capitalistas; la condición representativa, indirecta, formal, pluripartidista, fue sintetizada como falsa.

Frente a ella se erigió una construcción irreal, la democracia directa, consejista, sin partidos burgueses, con libertad para los revolucionarios y “dictadura sobre los antiguos opresores”. A través de la experiencia histórica y de los dictérios marxistas contra los partidos de la burguesía, se erigieron regímenes totalitarios pero que respondían a los nombres de democracia popular o “no ortodoxa”.

En síntesis, la revolución fue entendida como el cese de las libertades para los “enemigos del pueblo”, lo que terminó abarcando a todo el mundo. Primero vino la acción contra la burguesía, sus partidos y su prensa; luego contra los grupos moderados; después cayeron las otras facciones del partido (trotskistas, bujarinistas, limpiaioistas, banda de los cuatro, seguidores de Hubert Matos, etc.), que “objetivamente le hacen el juego al imperialismo”, luego los “intelectuales indecisos” y, al final, todo aquél que contrariase a la camarilla dominante, representante de la revolución sobre la tierra.

Los ejemplos comentados permiten afirmar que ya el socialismo no es entendido por muchos de sus más importantes protagonistas modernos como un gobierno de mano dura sino, por el contrario, como una acción encaminada a desarrollar la vida democrática y civilizada mucho más allá de donde ha llegado, conservando los principios de multipartidismo, liber-

7/Si existe alguna duda de que la fuente del autoritarismo revolucionario está en Marx, bastaría con la lectura del *Manifiesto Comunista* para comprobarlo. Un movimiento cuya acta de nacimiento reza frases como... “... claro está que, al principio (la revolución) solo podrá llevarse a cabo mediante acción despótica”...; o, ... “Al criticar la abolición de la propiedad burguesa partiendo de vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho, no os dáis cuenta que esas ideas son otros tantos productos del régimen burgués”...

dad de expresión, asociación y alternabilidad, mercado y empresa privada⁸.

Lo dicho hasta ahora crea un profundo problema teórico. Si para varios de sus protagonistas el socialismo está cuestionado a partir de definiciones que constituían sus propiedades más universales (y digamos de paso, a partir de las cuales lo identifica la opinión común: dictadura y expropiaciones) ¿es entonces una utopía polimorfa que contiene todos los bienes y las aspiraciones de justicia, igualdad, desarrollo humano integral? Ciertamente, para muchos el socialismo se resumía en esas aspiraciones insatisfechas; se le visualizaba como a una especie de reino de Dios sobre la tierra, como a una sociedad en donde las contradicciones sociales por obra y gracia serían abolidas. Es la tesis que entiende al socialismo como fin de la historia. Supone que la Historia tiene una dirección y que ésta, así como para Hegel llevaba al triunfo de la razón, aquí lleva al triunfo del socialismo.

A partir de un conjunto de tesis inverificables, de esencias puras, estrazas ideológicas o éticas, deseos, aspiraciones, elucubraciones, simples pesadillas o, en el mejor de los casos, buenas intenciones (igualdad, justicia, etc.), se suprime la auscultación de los movimientos sociales reales, sus estados de conciencia y sus posibilidades materiales. Esta desquiciada perspectiva coloca en dos planos diferenciados a “las reformas de hoy” y “la sociedad del futuro”, permitiéndose el prefigurar la sociedad del mañana y hablar a nombre del porvenir de millones de personas cuya opinión, cuando es consultada, demuestra no tener la más mínima relación con los profetas y predicadores del desierto.

Conservatismo e izquierdismo

LA ESTRUCTURA CADA VEZ MAS COMPLEJA DEL ESTADO MODERNO le ha llevado a una interconexión biunívoca con la sociedad y ha dotado a su cuerpo de cada vez mayores ramificaciones impensables en su etapa inicial, las cuales constituyen anillo de hierro para los movimientos que aspiran al cambio. Dos fuerzas se levantan como impedimento. Por un lado el conservatismo, cuya acción se reduce a la participación en las instituciones liberales y al sufragio. Por otro lado el izquierdismo, que en diversos grados niega relevancia a dichas instituciones, considerándolas, en el mejor de los casos, accidentes o factores aleatorios. El primero se contenta con integrarse. El segundo simplemente se aísla. El primero es pragmático, sin objetivos transformadores, yacente, no se constituye como factor dinámico de la sociedad sino

8/Sería muy interesante hacer un estudio de lo ocurrido con un partido como el Movimiento Al Socialismo, disidencia del Partido Comunista Venezolano. Nacido en 1971, en medio de las secuelas de la invasión a Checoslovaquia, estuvo rodeado por la expectativa de convertirse en una gran fuerza de masas. Al aparecer —sin demasiada razón, por cierto— como una ruptura franca con el marxismo y el izquierdismo, algunos sectores comenzaron a verlo con interés: ilusión que los errores y contradicciones ideológicas de sus dirigentes se encargaron de disipar. Hoy día, luego de varias crisis, pareciera estar condenado a la condición de micropartido crónico. Son notables, sin embargo, particularmente dos de los libros de su ideólogo, líder y candidato presidencial, Teodoro Petkoff, *Checoslovaquia: el socialismo como problema* y *Proceso a la izquierda*, este último publicado por Planeta.

que se limita a la administración de lo real-existente y permite, por inacción, que se acumulen tensiones en la democracia. El segundo supone unos objetivos desvinculados de lo real, carentes de posibilidad, flotando como globos sobre la superficie, sin articulación con ella. El uno es movimiento sin objetivo. El otro, objetivo sin movimiento.

La primera de estas distorsiones, el conservatismo reaccionario, constituye el naufragio frente a los engranajes sartreanos⁹ y ha dado origen a prácticas políticas de diferentes signos. Su rasgo fundamental es la inacción, por miedo a perturbar la paz democrática, lo cual permite, paradójicamente, una acumulación de tensiones perturbadoras para la misma democracia: la voluntad ha sucumbido frente a las dificultades. Naturalmente es muy diferente disertar sobre transformaciones en un escenario académico tranquilo o, incluso, en el seno de un partido político, que enfrentarse a un conjunto de estructuras esclerosadas y frágiles, y formular un conjunto de políticas de gobierno (agrícolas, industriales, urbanísticas, monetarias, sociales, educativas) que producen unos resultados directos y concretos en la sociedad y cuyo acierto o desacierto no se traduce en errores argumentales o polémicos sino en derrotas electorales, políticas e históricas que pueden costar —y han costado— baños de sangre y destrucción de las instituciones democráticas. Intentar transformaciones democráticas implica el reto de entrar, con precarios instrumentos de poder, en medio de un *establishment* no proclive a cambios, en un contexto formado por el aparato comunicacional, en competencia con fuerzas opositoras dotadas de una variable capacidad de interferencia y, a veces, con las otras ramas del poder. Igualmente, debe confrontarse una sociedad civil plural (sectores del movimiento obrero, gremial, etc.), así como las influencias de los suprapoderes (Iglesia, aparato armado). La realización de cambios marcha, al acceder al gobierno, a contrapelo de todo un espectro de factores que tienden a su fracaso y paralización. Si los complace y baja estratégicamente el perfil, la resultante es, una vez más, la inercia. Si no lo hace, las presiones desestabilizadoras tienden a la repetición de la llamada "experiencia chilena". En esta encrucijada, la primera de las alternativas es la inacción, la conservación, el dejar las cosas "como están" y no remover. Su trabajo se limita a contribuir a la pervivencia de las libertades democráticas sin más, independientemente de los desequilibrios y las dislocaciones cada vez menos convenientes para la propia democracia.

La otra tendencia limitante que hemos señalado es el izquierdismo-utopismo. A partir de un conjunto de definiciones "esenciales" (socialismo, democracia directa, igualdad, etc.) se suprimen los movimientos reales de la sociedad, sus estados de conciencia o comprensión y la madurez de los procesos objetivos, ignorándolos en nombre de sustancias puras. Esta perspectiva analítica separa a "las reformas" de "la sociedad del futuro". Para ella el socialismo es un mañana más o menos remoto —de acuerdo con el optimismo del interlocutor—, es decir, un ideal, una utopía, una esencia,

9/ Jean Paul Sartre, en *El engranaje*, describe cómo las complejidades de los mecanismos de poder absorben y neutralizan la voluntad de cambio.

un modelo de sociedad que un día llegará y que reposa por el momento en los cerebros iluminados de la vanguardia. Todo lo que se hace hoy, por ejemplo las reformas y la participación electoral, son meros accidentes en la ruta, a la espera de que llegue la hora de la verdad. El reino de las esencias íntegras e inmutables los aguarda como la vida eterna y lo objetivo no es más que un mero tránsito. Lo terrible de ese enfoque analítico —de raigambre nítidamente hegeliana— convertido en subconsciencia cuasi-universal de la izquierda, es que conduce a querer diseñar dichos "modelos de sociedad", en un intento totalitario que permite a muchos hablar de cómo será o debe ser —y no como deseo sino como proyección— la cultura, el arte, la economía o el Estado dentro de dos o tres generaciones. Y una de sus consecuencias más graves es que, siendo los nuevos arquitectos del universo hombres comunes y corrientes (pensemos por el momento en el jefe de cualquier micropartido de izquierda) con conocimientos limitados de las infinitas y complicadas esferas de la vida social, todo lo que tienda a apartarse de su modesto diseño corre el riesgo de ser visto como una desviación y de considerarse por ello reprimible.

La enorme complejidad y riqueza de las manifestaciones humanas y de la vida política debe necesariamente parecerse a lo que los funcionarios o ideólogos del partido han decidido. Sería muy larga la relación, desde Savonarola hasta Jomeini, pasando por Stalin, de los resultados de la imposición de elucubraciones y utopías sobre sociedades concretas¹⁰.

Por eso, dentro del campo cultural enmarcado por los partidos socialistas, esta misma categoría está sometida a debates y deviene altamente problemática, sobre todo si tomamos en cuenta que, como se ha visto, las

10/ Recordemos lo ocurrido en la Unión Soviética con Malevich, Pedvenev, Gabo, el constructivismo y el suprematismo. Recién fundado el estado revolucionario por los bolcheviques, existió uno de los movimientos artísticos más importantes de la época, íntimamente unido a la revolución. Basta recordar los violines y burros voladores de Chagall para comprender el espíritu de libertad, el estado de gracia de los artistas. Pero una vez establecido el "modelo cultural", primero el *prolekult* y luego el *realismo socialista*, fue extirpado hasta los límites de la represión carcelaria.

Otros dos casos muy interesantes —entre muchísimos otros— son los de Savonarola en Florencia y los Anabaptistas en Alemania. Savonarola, en medio de la "pecaminosa" Florencia renacentista, emergió con un planteamiento utópico radical, que propugnaba el "establecimiento del reino de Dios sobre la tierra", la austeridad evangélica y la reivindicación de los desposeídos. Este curioso personaje encarna un autoritarismo absoluto que no admitía límites a su poder puesto que se consideraba inspirado por Dios y representante de los oprimidos. Predicaba contra los placeres de la carne, contra la comodidad, contra el arte y contra todo aquello que rompiera con su concepción rigurosamente austera, e irrumpió así contra el hedonismo de los factores dominantes tanto de la Iglesia, del comercio, de la política y del rico mundo cultural de la época. Muere en el cadalso.

En el siglo XVI, después de que Lutero promulgó sus Tesis contra el Papa y la interpretación oficial de los evangelios, estas toman la fuerza de una revolución que se apoya en la burguesía y en la clase de los caballeros no terratenientes que protestaban contra los privilegios feudales e impulsaban la unidad nacional, y la eliminación del latín como idioma oficial (cosa a la que contribuyó en gran medida Lutero con su traducción de la Biblia al alemán). Pero a su izquierda aparecieron los *anabaptistas* o *baunistas* que proponían la creación (muy guevarista o camilotorrista, por cierto) del "hombre nuevo". Decían que el reino de Dios es este mundo y que los hombres deben crearlo a través de la *lucha*, con lo cual lograron un gran apoyo popular. Esta especie de socialismo primitivo logró éxitos y en algunos lugares se realizaron expropiaciones. Ante la amenaza del socialismo evangélico, cesaron momentáneamente las luchas entre católicos y luteranos, quienes al final lograron aplastarlo. Valdría la pena estudiar el llamado "socialismo asiático", que constituyó una especie de norte de los revolucionarios occidentales cuando la ruptura sino-soviética (austeridad, antioccidentalismo, anticonfort, pobreza como valor moral, etc.) cuya expresión más acabada es la terrible experiencia camboyana que costó alrededor de quince millones de muertos (no en la guerra sino en el poder).

respuestas categóricas se han derrumbado. Ya la Unión Soviética, China o cualquiera de tales naciones han dejado de ser paradigmas o de representar respuestas u objetivos hacia dónde dirigirse. El socialismo tampoco significa la expropiación de los medios de producción y su monopolio por el Estado, ni mucho menos un gobierno fuerte. Y sostener que se trata de una aspiración de justicia no pasa de ser eso: una aspiración.

Así pues, la lucha social actual no va de la utopía a la realidad sino de la realidad a la utopía; el cambio de hoy no pretende implantar un modelo de sociedad sobre la existente, sino desarrollar un proceso reformista a partir de la realidad.

En síntesis, el socialismo no tiene puntos de referencia sólidos e inmediatos, siendo más bien una proposición controversial. Quienes se definen socialistas pueden ser demócratas, afectos a la economía mixta y opositores del bloque soviético, o pueden ser exactamente lo contrario.

Frente a un panorama tan vasto, al hablar de socialismo hay que preguntarse primero a cuál socialismo se hace referencia. ¿Al de Sendero Luminoso o al del PSOE?; ¿al que piensa acabar con la propiedad privada y considera traidores a quienes no comparten esta tesis?; ¿al que piensa que es preferible una democracia sin socialismo que un socialismo sin democracia?; ¿al que piensa que la nueva democracia puede prescindir de la prensa libre, de la "oposición burguesa", o al que considera que la única democracia posible es aquella en donde estos principios no están en discusión?; ¿al que parte de la profundización y preservación de la democracia representativa, o al que se inclina por negarla?; ¿al que considera que tarde o temprano, luego de la acumulación de fuerzas se tendrá que producir la ruptura, "el asalto del cielo", o al que aspira no a una ruptura sino a la continuidad democrática?; ¿al que piensa que con sus errores la Unión Soviética debe ser defendida (o China, o Cuba), o al que considera que estos ejemplos corresponden a experiencias totalitarias? ¿Y dentro de esos pares, cuál de las gamas posibles de combinaciones políticas e intelectuales se está considerando?

Distorsión de la democracia

COLOCADOS ANTE LA HISTÓRICA CONTRADICCIÓN conservatismo-fundamentalismo izquierdista, tenemos elementos analíticos suficientes para aproximarnos a su examen teórico. La posición fundamentalista frente al sistema de las instituciones liberales es fácilmente resumible: negación y sustitución; la condición jurídico formal de la democracia da para negarlas o simplemente subestimarlas a nombre de las "libertades reales". Frente a la "democracia burguesa", política, representativa y parlamentaria, se yerguen nuevamente las esencias íntegras: democracia popular, económica, directa, consejista. Se propone así la sustitución. Su error esencial consiste en imponer modelos lógicos sobre sociedades en movimiento, destruyendo, como ha ocurrido hasta ahora, las dinámicas democráticas reales y dando origen a dictaduras. No es casual que en la totalidad de los casos se marche hacia salidas dictatoriales de izquierda o derecha. De acuerdo con este enfoque, entre democracia formal y democracia real o popular existen relaciones

de oposición insolubles, al buscar la sustitución de la primera para implantar la segunda. Para el conservatismo, por el contrario, la democracia es lo que existe y hay que eliminarle cualquier tensión posible. Es así como observamos, al decir de John Stuart Mill, cómo las águilas se comen a las palomas¹¹. Los gobiernos evitan fricciones con cualquier factor de poder, permitiendo que los más fuertes devoren a los más débiles e impongan su voluntad.

Para aproximarse a una visión no fundamentalista izquierdista y no conservadora, puede partirse del carácter potencial que tienen las libertades reales dentro de las formales, buscando crear los mecanismos para su desarrollo.

El principio de igualdad creado por el garantismo, si bien no iguala a los hombres puesto que la sociedad les confiere distintas oportunidades, sí crea el *derecho* a ser iguales, a expresarse cuando ese derecho se viole y a actuar para hacerlo cumplir. Si con el derecho a la sindicación no se sindicaliza automáticamente a todos los trabajadores, se fija el derecho a ser sindicalizados y dependerá de las fuerzas políticas interesadas el que éste adquiera concreción. Si bien el carácter básicamente parlamentario del sistema político es un hecho, y si bien la elección de diputados y el funcionamiento de las cámaras legislativas registra serios defectos, la acción sobre lo establecido debe ser para mejorar las condiciones. La ley permite la existencia de comunidades organizadas en sindicatos, asociaciones de vecinos, ligas de barrios y centros deportivos para que la sociedad se exprese.

Si la democracia es representativa, y cada cinco años se eligen representantes que luego se alejan de sus electores soberanos, se puede buscar ampliar la representación para hacerla progresivamente más directa. Si la mujer es inferiorizada por la realidad social, se deben producir cambios en el sentido de su igualación. El problema es articular una proposición de cambio concreto que, mediante la democratización progresiva de la sociedad, libere fuerzas presentes en ella y jamás intente imposiciones.

Reformas y revoluciones

LA REVOLUCIÓN, INCLUSO SEMIÓTICAMENTE, IMPLICA el asalto al poder, la irrupción en un dramático episodio el día x. Se trata de la ruptura, del punto más débil del eslabón más débil, de la coyuntura revolucionaria dentro de la situación revolucionaria. La idea de la continuidad en el proceso de cambio no tenía cabida en las mentes de Lenin, Trotsky, Mao o Chu-en-lai, no sólo porque sus nutrientes ideológicos son autoritarios, sino porque sencillamente no había nada que continuar. El estado despótico zarista, subyacente en las frágiles instituciones liberales kerenskianas, la inestabilidad, Kornilov, Kolchac, la guerra con Alemania, la guerra civil, no ofrecían posibilidad alguna de continuidad; lo único posible era la *revolución*, la eversión, la destrucción, la negación, la ruptura. Y luego "el socialismo en un solo país",

¹¹ / *Sobre la libertad*, Madrid, Aguilar, 1980.

o sencillamente el socialismo en estado práctico, llevó la realidad muy lejos de la teoría y negó radicalmente uno de los tantos postulados autocontradictorios de Marx: la desaparición o atrofia del estado y consecuente dilución en la sociedad; la supuesta socialización del poder económico y la socialización del poder político, cuyo resultado fue la estatización del poder económico y la sobreestatización del poder político. Por supuesto, para una concepción rupturista, revolucionaria, las formas políticas precedentes deben ser barridas y erradicadas.

Esta es la herencia intelectual que reciben los socialistas occidentales, quienes no alcanzan a comprender (puesto que los instrumentos intelectuales marxistas no lo permiten) que no es lo mismo una tiranía que una democracia representativa. Y como dice Cerroni, la negación ruptural de la democracia representativa corre precipitadamente hacia un vacío de instituciones políticas¹². El estado democrático moderno es el modelo más sofisticado y complejo de funcionamiento político. Su teoría y su práctica comprenden profundas y elaboradas categorías para la regulación de las relaciones de fuerza entre los hombres y los grupos sociales: ser y deber ser (eticidad), equilibrio de poderes, derechos individuales, estatuto de mayorías y minorías, mecanismos de formación y sustitución de élites gobernantes (electas y alternativas y no designadas y permanentes), representatividad, alternabilidad, universalidad, defensa frente al estado, etc. Su negación implica entonces (envuelta en la demagogia de las “nuevas formas de democracia”) el regreso a métodos de dirección política primitivos, más aun cuando es consustancial con los procesos revolucionarios la tendencia a la entronización de un partido o un ejército en el poder.

Es este uno de los ángulos de abordaje posible de la dicotomía reforma-revolución. La reforma es el “maquillaje”, la solución cosmética, y, por lo tanto, la gradualidad; la revolución es el cambio brusco, la demolición del edificio burgués, “la verdad, el bien”. Ese es el maniqueísmo revolucionario.

Dicha contradicción, entendida a veces en términos morales, es una foto desleída más de esas que tenemos que desecharnos para ver el nuevo rostro del cambio. Tiene sentido en sociedades de régimen autoritario, donde la función de sus negadores, al no existir medios políticos libres y modernos —y no existir democracia—, es acumular fuerzas para un asalto al poder.

La aparición de Edward Bernstein —ideólogo de la Socialdemocracia alemana— representó una revolución en el pensamiento socialista al poner en evidencia que en una sociedad democrática se podían lograr cambios graduales por la vía de transformaciones parciales, y que no había momento para una ruptura, pues no se podría romper con la democracia, o sea con las ventajas obtenidas por los propios trabajadores a través de largos años de lucha¹³. No había ruptura con los derechos sindicales, la libertad de prensa y de asociación, de culto, de inviolabilidad de la morada, de sufragio,

de contratos colectivos, de oposición libre. Había, eso sí, mediante el mismo proceso, un desgajamiento de la imposición de intereses parciales y minoritarios sobre el conjunto. La clase obrera no podía romper consigo misma y con su obra, con la jornada de ocho horas y con las guarderías, con los sindicatos libres y con la presencia parlamentaria.

Pero si bien para muchos el socialismo no puede definirse a partir de esas cualidades, para otros —personalidades y partidos— continúa siendo, según el modelo marxista leninista, el producto de ese momento sublime cuando por la vía de la fuerza se “tome el poder” y se inicie una marcha de “expropiaciones de los medios de producción para colocarlos en manos del Estado”. Desaparecerán así los partidos burgueses, la prensa burguesa, la oposición, el sindicalismo “titere”. Desde esta óptica, el mundo socialista continúa siendo una realidad frente a la cual se podrá o no mantener posiciones críticas, pero en última instancia es eso: el mundo socialista.

Pero lo importante es que, si bien es cierto que parte de los socialistas piensa así, otra parte, no menos significativa, ha dejado de hacerlo. El debate teórico de los últimos veinte años lo demuestra: muchos procesos y pensadores políticos se han dado a la tarea de dismantelar semejante visión del mundo.

El cambio: solo en democracia representativa

ESTE PUNTO NOS LLEVA A UN PROBLEMA ESPECIFICAMENTE político. Quienes así actúan proceden a una división del mundo según la cual el socialismo es el bien y el no socialismo el mal. Para ellos definirse significa automáticamente estar de lado de la justicia, de los humildes, de las luchas de los pueblos por su dignidad, de la voluntad de transformaciones de la sociedad, de lo nuevo frente a lo viejo, del progreso frente a la reacción, de las causas más nobles, democráticas y desinteresadas. Sin embargo, ello no es así. Diríamos más: si aludimos al bloque soviético, nos encontramos frente a lo que León Trotsky llamó la Revolución Traicionada. Hemos visto suficientes crímenes, depredaciones, torturas, fusilamientos, dictaduras y hambre cometidos bajo el nombre del socialismo, como para que no tengamos derecho a cuestionar lo que es el despertar de un sueño. De otra parte, quienes consideran que es el estandarte de lo sublime y lo justo, olvidan que, aparte de ser más bien lo contrario por definición, las grandes mayorías lo asocian precisamente con lo acumulado de negativo y despótico, con toda la razón. El utilizarlo como *slogan*, proposición programática, grito de lucha, contenido de afiches y murales, significa colocarse automáticamente a la defensiva frente a la audiencia y, lo que es peor, bajo sospecha; a la defensiva porque el expositor debe inmediatamente aclarar que “su socialismo” no es como los otros, sino democrático. Que no va a iniciar una serie de expropiaciones y persecuciones, que “no será como Cuba”. De allí que su acción política transcurra afanosamente explicando, puntualizando, argumentando cosas que al final son, como demuestran los resultados electorales y la pertinaz identificación con el comunismo, perfectamente inútiles.

En una crisis de fundamentos como la analizada en las páginas anteriores, el socialismo es una proposición meramente retórica, un baluarte

12/ *La libertad de los modernos*, Madrid, Martínez Roca, 1975.

13/ Un estudio muy profundo y detallado del pensamiento de Bernstein y de su significación en el ambiente político de su época se encuentra en el libro de Bo Gustaffson, *Marxismo y Revisionismo* (Grijalbo 1976).

cargado de intenciones y resultados contraproducentes, una etiqueta equívoca y abstracta. La prueba de ello aparece cuando en las modernas fuerzas políticas la proposición corresponde a un conjunto de transformaciones como la reforma del Estado, el estímulo a pequeñas y medianas empresas, el respeto y sometimiento a la ley, la profundización de la democracia, la atención al bienestar colectivo, el bloqueo al imperio de los intereses particulares sobre el individuo y el balance entre el interés privado y el social.

Parece ser que el socialismo como propuesta —en relación con fuerzas reformistas de cambio sustantivo como AD o el PSOE— continuará siendo patrimonio de un pequeño puñado de profesores y disertantes, y no de campesinos, obreros, oficinistas y amas de casa que nunca leerán los libros ni sabrán de la fundamentación filosófica del “verdadero socialismo”. Seguirá siendo un movimiento para élites ilustradas, que da brillo retórico con su presencia a los escenarios en donde actúa, y no una fuerza para triunfar políticamente. Al parecer, la socialdemocracia seguirá ganando “la batalla por las masas”, para bien de la tranquilidad y de la estabilidad.

La discusión sobre este tema requeriría capítulo aparte por su extensión y profundidad, y no podemos abordarla en su plenitud. Basta señalar que allí también hay una definición en crisis, como lo evidencian claramente las nuevas propuestas provenientes del PSOE y ejecutadas por el gobierno español, de muy poco que ver con el ejercicio tradicional de la socialdemocracia. Arremeten contra el intervencionismo, el keynesianismo, el estado providencia y la demagogia, con una conducción de la política económica que la izquierda no tarda en descalificar, independientemente de los beneficios que está produciendo. Y por el mismo camino avanza el socialismo francés, luego de los desastrosos primeros años del gobierno de Mitterrand.

Sostener que la socialdemocracia es negadora de los cambios, significa desconocer lo que ha sido la evolución política y la importancia que ha tenido esa gama de corrientes políticas en la realidad democrática contemporánea. Diríamos que las grandes —y pequeñas— transformaciones y profundizaciones que ha experimentado, son el producto de la acción de dichos movimientos. La enorme proporción de beneficios sociales, respeto a los derechos ciudadanos, calidad de la vida, servicios públicos, asistencia y efectividad democrática deben ser considerados.

No obstante, es muy difícil establecer definiciones precisas de socialdemocracia como un todo, en virtud de que es una realidad una y múltiple, que agrupa fuerzas muy diversas, y más aún en su actual crisis de fundamentos.

Para concluir, diremos que el espacio para el cambio social comienza a estar definitivamente ocupado por el reformismo y, particularmente, por el reformismo socialdemócrata. Los chantajes ideológicos que en el pasado hacían del izquierdismo socialista una alternativa ética y política de gravitación indiscutible, han perdido fuerza en virtud del derrumbe que su propuesta ha experimentado. El socialismo izquierdista es hoy una realidad en declive intelectual y político, atravesada por cuestionamientos, estancada políticamente y sin respuestas conceptuales sólidas a su propia crisis.

Sin embargo, el reformismo que hoy está tomando cuerpo como alternativa ya tampoco tiene que ver con el pasado. Hoy las tesis graduales y reformistas se distancian de la demagogia y acuden a la racionalidad técnica como apoyo. Los nuevos gradualistas se auxilian en economistas, politólogos y sociólogos que fundamenten sus proposiciones en teorías de ingeniería social fragmentaria¹⁴, en diagnósticos de la realidad, en modelos comprensivos y altamente predictivos. En América Latina el trabajo en pos de las mejoras económico-sociales y políticas pareciera estar marcado por proposiciones —distintas a los esquemas demagógicos y populistas del pasado— fundamentadas al estilo de la concepción de la reforma del Estado.

Las diferencias fundamentales podrían puntualizarse de la siguiente manera:

— Cualquier cambio en que se piense está concebido dentro de los límites del sistema democrático pluralista, no por razones pragmáticas —“es lo que se puede”—, sino por el reconocimiento teórico de que es el mejor sistema posible.

— Las proposiciones que se realizan corresponden a una concepción general de modernización y democratización, es decir, están insertas en una teoría. No se considera deseable que sean producto de presiones sectoriales y por lo tanto carentes de una visión de conjunto acerca de cómo influyen en la estabilidad del sistema. Son aceptables y deseables sólo en tanto y en cuanto *favorezcan dicha estabilidad y no alteren el equilibrio*.

— Esa concepción constituye una visión coherente de la realidad, pero no busca la implantación de modelos teleológicos o utópicos; más bien impulsa modelos empíricos de transformación. No implanta modelos sobre la realidad, más bien estimula a las fuerzas sociales reales para acelerar los procesos evolutivos.